

LA SOCIEDAD ESPAÑOLA Y LA INTELIGENCIA

Intervención oral de Manuel Aragón Reyes

(Acto académico de ingreso de nuevos eméritos
en la Fundación Colegio Libre de Eméritos)

Señora directora de la Biblioteca Nacional, que nos acoge en esta espléndida sede, que es, sin duda, una de las más importantes instituciones culturales de España, señor presidente del Patronato de la Fundación Colegio Libre de Eméritos, señor secretario general y patronos de la Fundación, señoras y señores, queridos amigos.

Por deseo de los organizadores de este acto académico y por deferencia de los colegas que, conmigo, hoy ingresan en el Colegio Libre de Eméritos Universitarios, algunos de ellos, además, buenos y admirados amigos, y todos reconocidos universitarios cuya compañía me honra, tomo la palabra para agradecer, en su nombre y en el mío, el honor que nos han conferido al aceptarnos como miembros de este ilustre Colegio, que es “emérito” por su excelente labor y no sólo porque dicha condición, anudada a nuestra avanzada edad, la tengamos los que a él pertenecemos. Procuraremos, los “eméritos” que hoy nos incorporamos, ayudar al desarrollo por el Colegio de sus “eméritas” tareas.

Según se me comunicó hace días, es costumbre en este acto que el profesor que toma la palabra en nombre de sus compañeros, además de expresar el debido agradecimiento colectivo que ya he formulado, pronuncie, no una “conferencia”, que es lo que exageradamente dice la invitación, sino, como personalmente se me ha indicado, una breve disertación sobre un tema relacionado con nuestra común condición de universitarios y con los objetivos a los que el Colegio sirve. En tal sentido me ha parecido que podría tener interés hablarles de un problema cuya importancia y actualidad creo evidentes: **el valor de la inteligencia en nuestra sociedad.**

Les adelanto que mi opinión no es muy optimista: pienso que en la España de hoy la inteligencia está insuficientemente valorada porque predomina, en la mayoría de nuestros conciudadanos, un sentimiento de desconfianza hacia el esfuerzo personal como principio básico del progreso individual y colectivo. A mi juicio, en la conciencia social española aún persiste, con fuerza, la creencia, propia de un mundo ya añejo, parroquial y caciquil, y poco coherente con nuestra moderna sociedad, de que más valen buenos padrinos a la hora de colocarse que méritos para ello. Para progresar, me parece que el ciudadano medio espera mucho más de lo que puede venirle desde arriba que de lo que él pueda procurarse desde abajo. De ahí que la española sea, entre las europeas, la sociedad que más espera del Estado y menos de sí misma.

En el fondo, lo que quizás tenemos es una sociedad que confía poco en el valor de la libertad individual. Quizás por ello no está muy extendida entre nosotros la independencia de criterio, y en cambio son usuales el servilismo y la adulación. En una sociedad así tienen más peso las creencias que las ideas, por utilizar la terminología de Ortega. José María Ruiz Soroa, en un excelente prólogo a un libro también excelente de un profesor gaditano sobre la transición política, lo ha expresado con fortuna, aunque quizás de manera demasiado tajante, cuando dice que “la sociedad española, a pesar del ingreso en un nuevo universo mental moderno, liberal e ilustrado que significó para ella la transición política de los años setenta, está mayoritariamente habitada todavía hoy por un tipo de individuo que se maneja muy bien dentro de las creencias, sean conservadoras o progresistas, sean hedonistas o ácratas. Unas ideologías reducidas al mínimo -la ideología es un reductor de la complejidad- le permiten funcionar en la vida con una seguridad a prueba de experiencia, clasificando intuitivamente al mundo en *los míos* y *los otros*. Son pocos los que, por el contrario, prefieren labrarse poco a poco un mundo de ideas, aunque sean provisionales, tentativas y, como día Popper *falsables*. Es decir, predispuestas a ser modificadas no bien la experiencia nos demuestre su equivocación o inadecuación para describir adecuadamente la realidad y para movernos dentro de ella”.

E incluso, digo yo, entre esos “pocos que prefieren labrarse un mundo de ideas”, no escasean los que, si la ocasión lo requiere, están bien dispuestos a traicionarlas, ya sea sin resquemor alguno, aplicando la conocida frase de que “estos son mis principios, pero si no les gustan tengo otros”, ya sea valiéndose de un exculpatorio autoengaño, pues como decía Antonio Machado, poniéndolo en boca de Juan de Mairena, “hay hombres tan profundamente divididos consigo mismos, que creen lo contrario de lo que piensan”.

No es de extrañar, pues, que en una sociedad así, en la que aún tienen presencia los rasgos que he aludido, se tenga escaso aprecio por la inteligencia.

Sin embargo, no creo que tales defectos de la sociedad española actual puedan explicarse por razones congénitas, derivadas de un estereotipado carácter nacional anclado en la tosquedad, la ignorancia o la desidia, o por falencias de nuestra propia historia, que tampoco fue tan distinta de la ajena. Es cierto que quizás, en el pasado, no fuera erróneo el diagnóstico acerca de la escasa modernidad que aquejaba a la sociedad española, crudamente señalado, en noviembre de 1931, por Manuel Azaña cuando decía que: “el pueblo español no escarmienta, no aprende nunca. Aunque es viejo y curtido por el infortunio, la discontinuidad de su cultura, que se presenta esporádicamente en grupos aislados, hace de él un pueblo sin experiencia. Deshabitado del esfuerzo propio, es un pueblo mesianista”.

Se esté o no de acuerdo con aquél diagnóstico azañista, que estaba referido a la sociedad española de hace más de ochenta años, lo cierto es que casi medio siglo después no se correspondería con la realidad, pues esa sociedad experimentó una indudable modernización, al menos en el plano material, e incluso también en el cultural, como lo demuestra su

comportamiento, con una admirable madurez, durante la transición política y la primera década constitucional. Será a partir de los noventa del pasado siglo cuando vuelvan a manifestarse unos defectos que ya creíamos desaparecidos.

En mi opinión, ello ocurre por consecuencia, entre otras, de dos causas principales: una es la decadencia del magisterio de costumbres, que comienza a experimentarse a partir de los años noventa del pasado siglo, y que es resultado de haberse promovido la desdichada creencia de que la selección social por el mérito es contraria al principio de igualdad; y la otra es el empobrecimiento de la enseñanza, que aunque tiene sus orígenes en los setenta, es en los noventa cuando comienza a desplegar plenamente sus efectos en la sociedad española. Como no deseo abusar de la paciencia de ustedes, no voy a extenderme sobre lo primero, aunque soy consciente de que supone un grave problema, porque pone en peligro, tanto la necesaria legitimación democrática de las instituciones públicas, como la también necesaria eficacia de las instituciones privadas (incluyendo entre éstas, claro está, a los medios de comunicación, que presentan hoy, salvo contadas excepciones, un panorama muy poco halagüeño).

A lo que sí deseo referirme es a lo segundo, a los efectos de una mala política educativa, que, pese a constituir un problema obviamente relacionado con el anterior, puede ser tratado de forma separada. Esa mala política educativa ya comenzó, en mi opinión, con la Ley General de Educación de 1970, pero se culminó con las múltiples reformas y contrarreformas educativas que, desde los años ochenta hasta ahora, se han venido perpetrando. Todas ellas basadas en unas ideas pedagógicas animadas por la escasa atención a la excelencia de los profesores, el afán de trivialización de lo que debe enseñarse y la nula (más bien contraria) preocupación por el esfuerzo personal de los alumnos.

Ello en cuanto se refiere a las enseñanzas primaria y secundaria (por utilizar la vieja terminología). En cuanto a nuestra educación superior, la situación no es menos preocupante. Se han multiplicado hasta el exceso las universidades, se ha deteriorado el control de acceso al profesorado, se han acortado notablemente casi todas las carreras universitarias, se han rebajado los niveles (salvo en unas pocas licenciaturas) para la selección de los alumnos, se han instalado planes de estudios burocratizados y extraordinariamente simplificados y programas docentes de una palmaria trivialidad. En fin, parece ser que el objetivo de la universidad, para nuestros legisladores, e incluso para muchas autoridades académicas, consiste en formar profesionales para el mercado y no en transmitir y mejorar la ciencia y la cultura, que es (y siempre ha sido) la función principal de la universidad.

Aun reducida a esa función de formación profesional, no parece que ni siquiera ella, por obra de la simplificación de la enseñanza superior, se esté cumpliendo de manera adecuada, al menos en las carreras llamadas humanísticas. Por fortuna, en ingeniería, arquitectura, medicina y en general en las carreras de ciencias, la función de formación profesional se desarrolla de manera altamente cualificada. Pero, en los estudios de economía, dirección de empresas y derecho, por ejemplo, aquella labor de formación superior

cualificada la desempeñan hoy, con éxito, no tanto las universidades, cuyos títulos en tales materias están devaluados, sino determinadas instituciones privadas, con el consiguiente deterioro del principio de igualdad de oportunidades, pues nunca debe olvidarse que rebajar la calidad de los estudios universitarios, sobre todo de las universidades públicas (el panorama de nuestras universidades privadas, salvo muy contadas excepciones, es aún peor) significa inevitablemente perjudicar a los jóvenes procedentes de familias con menos recursos económicos.

Pero la universidad, como antes dije, no debe ser únicamente una escuela de formación profesional (de mejor manera que lo es ahora), sino además, y sobre todo, un lugar donde, por encima de la distinción entre ciencias y letras, o entre disciplinas académicas, se cultive la inteligencia en su grado más alto. De modo que a los estudiantes se les enseñe a “saber” y no únicamente a “hacer”. Y que a los profesores se les exija “crear” y no sólo “enseñar”. Ahora, el exceso de carga docente, producto de unos nefastos planes de estudios y de una disparatada programación de las obligaciones lectivas, y el desempeño de múltiples y abigarradas tareas burocráticas, consecuencia de una desdichada concepción acerca de cómo debe gestionarse la universidad, dejan muy poco tiempo a los profesores para la investigación. Margarita Salas lo ha dicho de forma muy expresiva: “Los que hacen investigación son héroes porque prácticamente no tienen tiempo. Eso hace que muchos tiren la toalla. Llega un momento en que no pueden más”.

Sin embargo, pese a los obstáculos estructurales que hoy se ciernen sobre nuestra universidad, a los que ya he aludido, y a los escasos incentivos materiales que hoy se facilitan a los investigadores universitarios, la universidad española de ahora, tanto en su dimensión docente como investigadora, es mejor que la de nuestro inmediato pasado y, por supuesto, mucho mejor que la que Ortega, hace más de un siglo, tan crudamente denostara. De un lado, porque aun con los graves defectos que ya he señalado respecto de esta tarea, está contribuyendo, aunque sea parcialmente, a formar profesionales cualificados y, de otro, porque aun con notables diferencias entre unas y otras universidades, está produciendo en su conjunto un aceptable plantel de personalidades dedicadas al desarrollo científico y a la alta cultura.

Pero todo ello está ocurriendo no gracias al sistema universitario, sino pese a él. La universidad española aún no está destruida, simplemente porque todavía la sostiene un pilar: la vocación personal. Pero ese pilar está muy fatigado, de manera que, por sí solo, no garantizará por mucho tiempo la continuidad (no digamos ya la superación) del desarrollo científico y cultural que hasta ahora (aunque sea en grado modesto) se ha venido logrando. El esfuerzo sin recompensa acaba matando la vocación, incitando al abandono de la enseñanza universitaria o, aunque la vocación resista, provocando la huida al extranjero de nuestros principales investigadores. Una huida que, además, no asegura la reversión a nuestra sociedad del capital intelectual que ya habían creado desde dentro, y que acrecentarán desde fuera, los que han tenido que marcharse. Al final, con la llamada “fuga de cerebros”, me parece que España pierde más de lo que gana.

Y quiero dejar claro que al decir esto no ignoro ni la condición transnacional del saber ni la necesidad de los flujos de intercambio internacional de conocimiento y aprendizaje, ni tampoco la conveniencia de que nuestros investigadores se formen en los centros de excelencia extranjeros. Yo me refiero a otra cosa: a que España es más receptora que transmisora de esa alta cultura, y a que en la balanza de lo que podríamos llamar el intercambio de los “sabios” nuestra exportación, aunque pese poco, es cierta, pero nuestra importación es prácticamente nula. En España, salvo los hispanistas, vienen muy pocas personalidades de fuera a trabajar.

No podemos hacernos falsas ilusiones, creyendo vanamente que España, una nación de segundo orden, pudiera llegar a convertirse en una potencia científica de primera magnitud. Pero sí aspirar a mejorar la débil situación en que hoy nos encontramos. Para ello hace falta, con urgencia, una nueva política universitaria, como hace falta, también con urgencia, una nueva política educativa en los demás niveles, pues la mejora de la sociedad depende tanto de la existencia de grupos de excelencia en los ámbitos de la técnica, la ciencia y la cultura, que es lo que una buena universidad puede proporcionar, como de la existencia de unos ciudadanos verdaderamente educados, que es lo que una buena enseñanza primaria y secundaria puede facilitar.

Para que ese objetivo se cumpla no basta con el impulso de las instituciones privadas, y hay que reconocer que, algunas, en España, sobre todo a través de importantes fundaciones, están empeñadas en ello, sino que requiere, además, inexcusablemente, del protagonismo del Estado. De tal manera que ese objetivo lo hagan suyo los responsables públicos, cuya principal obligación ha de ser la de acordar, por fin, las medidas estables, no sometidas al vaivén constante de las contiendas electorales, que saquen a nuestros sistemas de enseñanza (a todos los niveles) de la precaria situación en que hoy se encuentran. Por ahí es por donde se puede lograr que la inteligencia acabe siendo mejor valorada por la sociedad española de lo que ahora lo es. Y por ahí es por donde, al final, pudieran eliminarse, o al menos rebajarse considerablemente, los males que la falta de inteligencia, esto es, la desidia y la ignorancia, están produciendo en nuestra sociedad.

Hoy, frente a determinadas propuestas basadas en la demagogia, hay que defender la idea de que no necesitamos revolucionarios salvadores, sino prudentes y decididos reformadores, ya que no necesitamos cambiar de sistema político, social o económico, pero sí acometer la tarea urgente de mejorarlo. Y esa mejora sólo se logrará en la medida en que contemos con una sociedad más libre, más culta y, por ello, más civilizada. Esto me trae al recuerdo una anécdota que nos contó en el acto conmemorativo del centenario de la muerte de don Francisco Giner los Ríos un buen amigo y profundo conocedor de la historia de la Institución Libre de Enseñanza. Se trata del relato de una conversación, de la que al parecer fue testigo Cossío, mantenida en el jardín de la Institución entre don Francisco Giner de los Ríos y don Joaquín Costa. Este último le decía a Giner, comentando los “males de la patria”: “convéñzase, don Francisco, lo que nos hace falta en España es un hombre” (ese “cirujano de hierro” al que apelaban algunos regeneracionistas).

Y Giner le contestó: “no, don Joaquín, lo que nos hace falta en España no es un hombre, sino un pueblo”.

Ese pueblo ya lo tenemos, al menos como pueblo modernizado, europeizado, que ha experimentado un notable desarrollo económico y social, pero no tanto como pueblo culturalmente ahormado, y en tal sentido aún conserva alguna actualidad la frase de Giner, en cuanto que lo que ahora necesitamos es una sociedad de mejor cultura cívica, más instruida y por ello mayoritariamente compuesta por individuos conscientes de su condición de ciudadanos, esto es, no sólo cumplidores de sus deberes, sino también celosos de sus derechos, pues, como con elegancia y concisión expresaba la máxima latina que tantos juristas conocemos, “vigilantibus non dormientibus iura succurrunt” (“Vigilando y no durmiéndose se defienden los derechos”). Los derechos individuales y los bienes colectivos, ya que sólo cuando se sienten responsables de sí mismas, pueden sentirse también, las personas, comprometidas con el destino común de su propia sociedad.

También estoy de acuerdo con la idea de Giner de que esa sociedad mejor sólo puede conseguirse a través de la educación general de los ciudadanos y de la promoción de unas élites científicas y culturales caracterizadas por la excelencia de sus conocimientos y de sus tareas. Esa fue la ambición de la Institución Libre de Enseñanza, cuyos incipientes logros se vieron, al final, y por lo que todos sabemos, desgraciadamente truncados.

Hoy, nuevamente, necesitamos recuperar esa ambición, que estuvo muy presente en los años de la transición de la dictadura a la democracia y que después ha sido parcialmente abandonada. Ya no se trata, claro está, de conseguir una sociedad alfabetizada y económicamente desarrollada, que ello, por fortuna, como he dicho, hace tiempo que ya lo tenemos, sino de lograr una sociedad más culta, en la que el aprecio por la inteligencia se convierta en un bien social generalmente sentido y practicado. Que es lo que me parece que ahora mayoritariamente no sucede, o al menos, que sucede pero de muy defectuosa manera.

Estas son las preocupaciones que quería transmitirles esta tarde, que más que estar basadas en un conocimiento, diríamos, “científico”, se sustentan simplemente en mi capacidad de observación como ciudadano que, a su edad, ya ha visto muchas cosas, así como también, por supuesto, en mi experiencia como profesor universitario, no tan larga como mi vida, pero que se le está acercando, pues ya van para cuarenta y seis años los que llevo dedicados a esa profesión.

Muchas gracias por la atención que hayan podido prestar a estas someras reflexiones, que no albergan creencias, sino ideas y, por ello, completamente discutibles.

Gracias.